

de ser esto y puede ser también demasiada confianza en sí mismo o demasiada exigencia nuestra, que ya no nos conformamos con cuentecitos policiales humorísticos. Sea lo que fuere, lo cierto es que *El club de los negocios raros* no agrega nada importante a su nombre ni a su producción. Es un libro inútil, literariamente, para él y para nosotros.—  
M. R.

COSTIA RIABTSFV EN LA UNIVERSIDAD, por N. Ognev.

No hace mucho tiempo (1), decíamos a propósito de *El Diario de Costia Riabtsev*: Ni un baedeker del laberinto institucional, ni el prejuicio de las apreciaciones, ni los riesgos de la profecía; niños—solamente niños—en vida escolar; esto es, conciencias ante un principio, instintos en la estepa donde todo es camino. Hoy tales niños se han transformado en adolescentes.

La Revolución, que ha combatido a la clase intelectual, ha cerebralizado, por decirlo así, la vida misma, ofreciendo una explicación racionalista a cada sentimiento y a cada circunstancia. En tales condiciones, la juventud se siente apoyada sobre un principio sólido, imbuída de tal racionalismo, y aunque no se abandona a arrebatos líricos, persigue constantemente la conformidad con el ideal.

Costia se encuentra solo. El núcleo social de la escuela no era suficiente—

(1) Véase la sección LOS LIBROS N.º 58 de Atenea.

mente fuerte como para sostenerlo. Fuera de ella, está desamparado. frente a la miseria, la desocupación, la tristeza que le produce la muerte de su padre, el desconcierto que le ocasiona el encuentro con «buscavidas» cuyos procedimientos no se explica o con sus antiguos compañeros, que han adoptado una carrera, y cuya facilidad para definirse y orientarse no posee. En esta vida, hay que estar continuamente a la búsqueda de elementos aglutinantes. Chajov, que a fin de cuentas, resulta que era el príncipe Chajovsky, no los halló nunca; y la tortura de su soledad, el remordimiento de haber sido noble, la carga de su apellido, de su propia historia, y la reacción del medio, actuaron sobre su temperamento poético conduciéndolo al suicidio.

En cambio Silva, aquella muchachita que le profesara tan profundo y constante amor en la escuela, ha tomado con sencillez su destino. Está en la Facultad de Medicina. Trabaja. Emplea todo su tiempo. Aunque no se aparta un punto de la ideología, no se detiene a examinarlo todo inquisidoramente. Cumple, sin darse cuenta de ello, la ley natural; y se enamora, como cualquier señorita burguesa, se casa, olvidando sus primeros amores y limitando sus relaciones con Costia a las que pueden existir entre camaradas.

También, el buen Nicpetoj ha perdido el rumbo. Por la cadena de los silogismos ascendió al término superior. No encuentra nada más que enseñar. Se asfixia en el ambiente. Sufre alucinaciones. Y se salva, gracias a Costia y otro buen amigo que

le sugieren la idea de emplearse como correo circular, para salir al campo a dar conferencias, para ir de aldea en aldea y encontrarse siempre con corazones infantiles. La madurez de la ciudad lo hubiera estrangulado moralmente.

Los demás, Zoia, Sin-Palna, Chijin, el ladronzuelo que se ha regenerado ya y es todo un señor filósofo, sólo hacen breves apariciones, como los recuerdos, en la vida de Costia. Son otros ahora sus amigos: el pastor, miembro de varias facultades, que da idea de buen régimen universitario y acusa una persistencia en la pretensión de los rusos de mostrar una población homogénea—recordemos la aspiración de Tolstoy de parecer un campesino culto y en cierto modo un tipo representativo del mujic ruso—. Y también son sus amigos Vañka, el infatigable organizador, caudillo que consagra su existencia a la causa y que comprende cuál es el momento en que debe ser suplantado por los más jóvenes: y Korsuntsev, el orador de las asambleas, gran vividor que hace gala de su ideología revolucionaria ante los miembros del *Comsomol*, mientras privadamente se conduce como un logrero; y el guerrillero, hijo de la guerra, de la revolución, atormentado por el sufrimiento, deformado espiritualmente.

Ya no se trata de la infancia que abre los ojos en la segunda aurora que ilumina las estepas rusas. Son adolescentes que analizan, que aspiran siempre a ir más allá con intransigencias de la edad, con el radicalismo que les ha inculcado el régimen. En este análisis hay, natu-

ralmente, una dosis considerable de apasionamiento. En este libro (1) los personajes han sido elegidos entre los diversos medios para analizar las consecuencias del programa bolchevique. Así se estudian en él, a través de algunas almas, las cuestiones relativas a la función de aceleración cultural, el romanticismo y la vida, el aislamiento de las masas y, muy especialmente la situación de los intelectuales. De este modo, en la asamblea convocada por Sin-Palna, dice Nicpetoj:

No debéis jurar por la clase intelectual, puesto que tal clase no existe. No existe, ¿comprendéis?, ni más ni menos que ya no existen la vieja nobleza y los antiguos señores, como ya no existe la burocracia, y los funcionarios de todo género de departamento. Hay *Nepmen*, hay trabajadores soviéticos, hay defensores del derecho; pero la clase intelectual, aquella, la antigua, esa ya no la hay ni volverá a haberla nunca. Porque al hablar de clase intelectual, suponemos un grupo que representa la función de aceleración cultural. Ahora bien: ¿Son acaso los viejos intelectuales quienes están encargados de esta función? Los ingenieros trabajan en las fábricas bajo el contralor de los obreros. ¿Qué nuevas formas de la vida social son las que crean los ingenieros? ¿Son acaso los abogados, los médicos, los antiguos hacendistas, quienes participan de esa aceleración cultural? Pero ¿y los maestros?, me dirán ustedes. Pero es que los maestros no son más que una categoría y los que integran esa categoría han sido siempre, y siguen siéndolo, los parias de la clase intelectual. A eso

(1) *Costia Riabtsev en la Universidad*, por N. Ognev, traducción directa del ruso por Tatiara Enco de Valero y José María Quiroga Plá. Edit. Espasa-Calpe. Madrid 1930.

se debe que en los últimos años, los maestros hayan seguido tan espontáneamente a los comunistas. Hay que saber mirar la verdad cara a cara. Quienes crean la nueva vida, las nuevas formas de vida social, son los comunistas; ellos quienes desarrollan la función de aceleración cultural...

Niños ayer, hoy adolescentes. Se atienden al sabio precepto: *en historia vivir no consiste en dejarse vivir, sino en preocuparse muy seriamente, muy conscientemente del vivir, como si fuera un oficio.*—F. Ortúzar Vial.

LOS QUE NO FUIMOS A LA GUERRA,  
por W. Fernández Flórez.

El lector casual de libros humorísticos es siempre un hombre ingrato. Ríe y goza físicamente con los chistes del libro, se entrega a él sin espíritu crítico alguno, se divierte. Pero, al final, dándose cuenta del tiempo que ha perdido leyendo el libro, tiempo que pudo aprovechar en una lectura más elevada y de más fruto, aparece en él el espíritu crítico y exclama:

—¡Qué estupidez!

Son muy pocos los libros humorísticos que se salvan de este último comentario, sobre todo si el lector los ha leído engañado por la propaganda o en un rato de distracción intelectual. El libro de Fernández Flórez, aunque sin admirativos, merece el comentario. Puede que esto sea en nosotros una irrespetuosidad hacia un autor de tanta venta y tan elogiosamente comentado en los periódicos de España, país donde el humorismo literario ha tallecido hace

mucho tiempo; pero así lo sentimos y lo decimos.

Su humorismo es un humorismo de brocha gorda, un humorismo de frases, no de ideas, que es el verdadero y el único humorismo que perdura en la literatura. Las situaciones de sus personajes no tienen nada de ingeniosas; su prosa es pesada y sus chistes también. Les falta espiritualidad.

Se empieza a leer el libro con cierto agrado. El primer capítulo ofrece más de lo que se encuentra y hasta la mitad del libro el lector no siente la vacuidad de la obra; pero a medida que avanzan los acontecimientos y se suceden las páginas, Fernández Flórez va perdiendo en el concepto del lector. ¿Esta es la novela que elogian tanto en España? La verdad, no vale la pena.... Lo que Gómez de Baquero, García Mercadal, López Prudencio, Díez-Canedo y Emilio Carrère dicen de la obra de Fernández Flórez, puede estar muy bien si se refiere a otros libros del mismo autor. Pero aplicado a *Los que no fuimos a la guerra* resulta exagerado y falso. Cuando se dedica, en la parte última del libro, a hablar de la mujer, provoca risa, no por los chistes que dice, sino por la seriedad con que habla.—M. R.

## BIOGRAFIA

SAGASTA O EL POLÍTICO, por el Conde de Romanones.

Decididamente, los españoles no tienen aliento biográfico. La colección de Vidas Españolas del siglo